

EL MODO URBANO Y MODERNO DE VIVIR LA EXPERIENCIA JUVENIL

Astrid Oyarzún*

El discurso que intenta centrar al sujeto juvenil

Particular atención se ha cedido al tema de los jóvenes durante estos últimos casi cuatro años de gobierno democrático. Preocupación que ha estado centrada, básicamente, en hacer llegar a los jóvenes beneficios y oportunidades que durante años les fueron negadas. Los conceptos de equidad y justicia social aparecen, entonces, como objetivos necesarios de incluir en una política social. Esta vez, una política social específica para los jóvenes, sobre todo, los jóvenes urbano-populares o si se prefiere, los jóvenes con escasos recursos. ¿Por qué?

Porque —aunque parezca descriptivo y obvio decirlo—, han sido muchas las dificultades, limitantes y obstáculos a los que se han vistos expuestos

* Asistente social. Universidad Católica de Valparaíso. CIDPA.

miles de jóvenes por lograr la conquista de un espacio en el gran territorio de la integración social: tasas de cesantía que triplicaban a la de los adultos, precarias condiciones laborales, deterioro de la calidad de la enseñanza básica y media, escasas oportunidades de acceder a la educación superior, altos porcentajes de embarazos en adolescentes, altos porcentajes de consumo de drogas y alcohol, crecientes niveles de delincuencia y violencia social, abandono de valores tradicionales y supervaloración de la moda y de todo tipo de símbolos catalogados como livianos o «light»¹.

En definitiva, distintos niveles de pobreza aparecían reflejadas en este importante segmento de población: ella era económica, social, cultural y también política. Lo más preocupante, sin embargo, era que esto sucedía en los jóvenes, mujeres y hombres cuyas edades fluctúan entre los 15 y 29 años de edad, mujeres y hombres que representan aproximadamente el 20% de nuestra población chilena. Como diría alguien por ahí, el futuro de nuestro país en estas condiciones, nada prometedor podría traer.

Sin embargo, esa no era la única razón que obligaba a trazar un itinerario de trabajo, también lo era el hecho de que miles de jóvenes habían comprometido su esfuerzo, su tiempo, sus aspiraciones y expectativas en la tarea de hacer volver la democracia a nuestro país. La deuda, entonces, era enorme y había que empezar a pagarla.

El concepto central para delinear esta tarea en la perspectiva de sentar las bases para una política social juvenil era la pobreza puesto que, "... la democracia y la libertad adquieren pleno significado sólo cuando las personas cuentan con los elementos necesarios para participar creativamente en la sociedad. Tener una buena educación y seguridad de acceso a la salud, contar con un empleo estable y productivo y habitación digna, son condiciones indispensables para la participación creativa de los ciudadanos y para el ejercicio efectivo de sus libertades..."².

Democracia y pobreza son, entonces, dos ejes relevantes en el nuevo contexto político que enfrenta el país. Existe un claro acuerdo en considerar que si la pobreza no comienza a ser superada en sus distintas dimensiones, la democracia adolecería de «cojera» a un corto andar.

De ahí, la necesidad de implementar, rápidamente, una serie de iniciativas destinadas a promover espacios, alternativas y oportunidades para los jóvenes³. Es decir, ésta es una política diseñada especialmente para los jóvenes con

escasos recursos. En efecto, la expresión de la pobreza adquiere su mayor fuerza en aquellas variables duras que aquejan a un importante número de personas en el sentido de no poder satisfacer sus necesidades mínimas. Esto es un hecho. Cerca del 40% de los jóvenes de nuestro país vive en estas condiciones, y también en la V Región, en donde el porcentaje global del fenómeno para el año 1990 alcanzaba a un 43.6%⁴.

Con estos antecedentes, y con otros que aquí no se acotan, pero se consideran, es posible reafirmar que las estructuras sociales constituyen un fuerte determinante en especial en el segmento juvenil —que es el que nos preocupa aquí— como etapa de desarrollo y como categoría social. El desempeño del rol escolar y la disponibilidad de un empleo, afectarán en gran medida las condiciones que rodean a tal o cual sector de la juventud, ubicándolos en una u otra categoría social, según sea el rodeo que se logre perfilar entre dos mundos altamente determinantes: la educación y el trabajo (éstos como dos planos importantes en la vida de los jóvenes).

La preocupación sobre esta dimensión de la pobreza, que como decíamos, se manifiesta en distintos ámbitos de la vida cotidiana, es tal que ha llevado a manifestar orientaciones en el plano de la política social que ponen un fuerte acento en este segmento de población. En palabras del Presidente de la República, hay que "interesar y motivar a los jóvenes, estimular y orientar en sentido positivo su iniciativa y creatividad e incorporarlos a su participación activa en la vida nacional"⁵.

En el mismo sentido, pero ahora desde la perspectiva del Instituto Nacional de la Juventud y de la iniciativa nombrada como PROJOVEN, el llamado para superar estas condiciones adversas implica, además, la incorporación de los jóvenes en dichas iniciativas, no sólo como beneficiarios sino como sujetos involucrados desde un principio en el diseño de alternativas. Más aún, el enfoque de trabajo que se propone "pone al joven como sujeto (partícipe activo) de políticas sociales, más que como objetos (entes pasivos) de estas políticas; como sujeto actual, con requerimientos hoy día, y no sólo como una proyección de futuro; como sujetos aportantes, con capacidades y valores significativos que entregar al desarrollo nacional"⁶.

Por último, y sólo como una manera de reforzar la idea planteada en las primeras líneas de este artículo, es decir, el manto de preocupaciones que hoy se tiende sobre el segmento juvenil, haremos referencia a la Declaración Final de la III Conferencia Intergubernamental sobre Políticas de Juventud en Iberoamérica,

realizada el año 1989: "La juventud, de cara a los desafíos y problemáticas de la región, está llamada a jugar un rol de primer orden en la solución de los mismos. Urge, por tanto, habilitar las vías para incorporar a los jóvenes como actores estratégicos en los diseños de políticas nacionales de desarrollo y ampliar su participación con la finalidad de reforzar las democracias latinoamericanas".

En función a las referencias hechas, a la preocupación que se desprende sobre los jóvenes desde distintos ámbitos gubernamentales, queda claro la importancia que tiene asumir nuevos desafíos para poder llenar de contenido conceptos de tanta trascendencia como: derechos juveniles, integración social, sujeto activo, oportunidades sociales, libertad, democracia y pobreza. Conceptos que adquieren su particular configuración y definición dentro del marco de la modernización y modernidad que envuelve a nuestro país en estos últimos años y que involucra a los participantes de esta sociedad, en especial los jóvenes.

Una modernidad que nos interroga

Pero no es sólo un problema estructural el que está en juego, los vaivenes de la modernización, entendido como un proceso estructural y homogéneo, vinculado a procesos políticos, institucionales y económicos que modifican los datos más duros de la vida de miles de personas, de los Estados, de los conglomerados humanos, de la humanidad, tiene sus repercusiones en la vida cotidiana de hombres y mujeres que se enfrentan a estos procesos, y que provoca también modificaciones en el pensamiento, en las representaciones sociales, en la psicología colectiva, en los sentidos comunes de las personas.

Desde esta perspectiva, coincidimos con Baudrillard⁷ al señalar que más que concebir a la modernidad como "una revolución tecnológica y científica, hay que verla como la implicancia que ella tiene para la vida privada y social, en la dimensión cotidiana de los medios de comunicación, en el bienestar económico... No es la ciencia ni la técnica las que son modernas, sino que se trata de los efectos que ella tiene en la vida de los seres humanos".

Luego, parece que en estos tiempo no es posible desconocer que las palabras modernización, modernismo y modernidad adquieren voz propia y se socializan cada vez con más fuerza en diferentes esferas de la vida pública y privada. No sólo se incorpora en el vocabulario de las élites intelectuales, políticas o académicas, sino que también en el vocabulario cotidiano de hombres y mujeres que comienzan a involucrarse —sin saberlo siquiera— al gran proyecto de la modernidad. Pero aunque ni siquiera lo sepamos, lo que si está claro es lo que

escuchamos sobre estos cambios, sobre lo que se dice que conviene o no, sobre lo que se dice positiva o negativamente, en tanto contribuye o no al desarrollo de nuestras vidas y de nuestro país.

Desde el lado económico, se dice que avanzamos a pasos agigantados hacia el proceso de globalización e integración de la economía mundial: un sólo mercado, competencia por lograr la hegemonía mundial. La aterritorialidad caracteriza a este proceso, pero también lo define el desarrollo desigual que entre los países capitalistas desarrollados y no desarrollados, se deja entrever.

Por el lado de las ciencias sociales, nos enfrentamos a la pérdida de ciertos paradigmas, que constituían —quizás— las certezas básicas con las cuales se explicaban ciertos procesos sociales. La noción de sujeto se pone en duda, se verifica la fragmentación de las identidades socioculturales que afirmaban nuestro ser y nuestro estar, ya no es tan clara la integración entre distintos actores sociales y mucho menos la necesidad de generar flujos de comunicación entre unos y otros.

La cultura que hoy observamos a nuestro alrededor nos habla de una suerte de instrumentalización. "Estamos lejos de contar con un computador en cada hogar sudamericano. Pero la cultura triunfante introduce en la interacción social la imagen de un computador al alcance de cualquiera... Enchufarse o morir sería la imagen exagerada de este patrón"⁸. Por supuesto, en función de sentirnos, aunque eso no sea verdad, parte del gran proyecto de la modernidad.

Y todos estos avances o retrocesos que trae consigo la modernidad ocurren con mucha más fuerza en los grandes centros urbanos y cada vez es más la gente que desea, que aspira a vivir en uno de esas urbes desarrolladas. Allí donde la novedad llega primero, allí donde la moda llega primero, allí donde sé que la tecnología se presenta al alcance de «cualquier bolsillo», aunque a «mí» no me haya llegado, pero lo importante es: que sé, verdaderamente sé que está al alcance. Se legitima el discurso, se racionaliza la desigualdad y lo superficial, lo poco importante o significativo, se disimula como dice un intelectual, "con la máxima de estar a la altura de los tiempos"⁹.

El fenómeno de crecimiento poblacional en los centros urbanos es casi alarmante, y aunque eso signifique recorrer grandes distancias, la imposibilidad de un hábitat apropiado, la inseguridad laboral, la gente se traslada de un lado a otro en busca de las bondades de la modernización y la modernidad. La población urbana en América Latina ha crecido considerablemente. De un 36.4% a un 46.6%, incluso en los países más urbanizados como Chile, Argentina Uruguay, Venezuela,

Brasil, Cuba, Puerto Rico, México Colombia y Perú, estas tasas se han elevado de un 61.9% a un 77.5%¹⁰. En nuestro país este crecimiento ha tenido el siguiente comportamiento: en 1950 el 42.6% de la población vivía en zonas urbanas, en 1960 el 50.6%, en 1970 el 60.6% y en 1980 más del 80% de la población vive en zonas urbanas¹¹.

Este crecimiento urbano tiene consecuencias, no sólo demográficas, sino que también económicas, políticas, culturales y sociales para un importante número de personas, que de distintas formas y en distintos momentos, intentan sentirse parte de las grandes urbes en desarrollo. Son estos centros urbanos, los que atraen a miles de personas en busca de un mejor vivir. Aunque esta mejor vida, al paso de un tiempo, no se traduzca en lo que fueran los deseos más profundos de cambio, desarrollo y éxito social. La urbe atrae, pero también amenaza, como dice Berman, *con destruir todo lo que tenemos, todo lo que sabemos, todo lo que somos*.

En las grandes urbes, y nuestro país no es ajeno a esta caracterización. Ya no podemos tratar a las miles de personas que conocemos a diario con la intimidad y el tono emotivo característico de las relaciones humanas. La gente en la época en que vivimos, llega a no tener significado particular en sí ni de sí mismos. Se vuelve, preferentemente, medio para nuestros fines y viceversa. Nuestra particular forma de relacionarnos con otros es utilitaria, en la medida que nos sirven. Así, parece que hemos sido educados, formados y preparados, para tratar con la gente en términos de símbolos que definen o no la utilidad de la relación.

Uniformes, distintivos, etiquetas, chapitas, slogan o un carné de cuero o plastificado, son cosas que nos dicen que tratamos con alguien: la promotora de AFP o cualquier intangibles de aquellos (isapres, dinero plástico), el panadero, el mecánico, el ejecutivo de banco, el médico, el estudiante, el profesor, el diputado... Sea lo que sea que estas etiquetas o chapitas impliquen, pareciera que no necesitamos conocer más de ellos, y —muchas veces— ni queremos conocer. La relación es puramente instrumental.

La misma situación urbana y moderna de la cual tanto nos jactamos es, pues, la misma que nos estimula la individualidad, que nos uniforma y nos crea conformidades. Y, en la medida que aceptamos dichas uniformidades y nos conformamos con ellas, nos convertimos en personas que estamos —inevitablemente— bajo el control de la masa, es ella un factor para mantener el control.

Ejemplos existen de sobra, como no pensar en que, la gente, por millones consume ciertos tipos de alimentos, lleva ciertos tipos de vestimentas, vive en casas de un tipo sorprendentemente uniformes, amueblados en forma similar, goza en sus tiempos de recreación y tiempo libre de actividades similares y se comporta como lo establece el patrón que se erige para la época en que se vive. El hombre y la mujer urbana moderna vive dentro de una red de uniformidades. Una uniformidad que quiere alcanzar, pues, el éxito está basado en aquello, aunque ello signifique dejar de lado aquellas aspiraciones profundas de cambio, desarrollo y éxito personal. La visión de una sociedad monolítica permea la vida de las personas, y la diferencia, la diversidad parecen ser poco toleradas. Sin duda, también esta sociedad urbana y moderna se encarga, al mismo tiempo, de proporcionar una multitud de alternativas que permita a la gente sentirse como que «puede» actuar como individuo, único y distinto de... Pero aquello tiene sus límites y también consecuencias.

No en vano, en este último tiempo, se ha llegado a establecer un cierto tipo de consenso que permite hablar a muchos de que la gente está viviendo «crisis». Para algunos, ello tiene que ver con la pérdida de sentidos, de ideales, de utopías, habría una cierta tendencia a creer que estamos vacíos de elementos que nos permitan guiar nuestras vidas con claros horizontes.

Para otros, sin embargo, sería erróneo pensar que ahora la gente ha perdido formas anteriores de sociabilidad o de coexistencia y que vive sin ninguna guía. "Lo que ha sucedido con el desarrollo de la modernidad no es sólo la pérdida de antiguas formas de coexistencia, viejos modelos de sociabilidad, sino el surgimiento de nuevos modelos y poderosos ideales morales que le acompañan. Pero éstos son más problemáticos que los antiguos. De ahí que se puede plantear la idea de crisis. Pero ésta es una crisis de legitimidad"¹².

De ahí entonces, que la pregunta relevante, se traduce en que si se ha perdido, realmente, certezas anteriores, ¿es posible pensar que en su lugar no hay nada que poner en estos tiempos?

Para aquellos que están en busca de una visión optimista acerca de la modernidad, el ideal de la autenticidad se eleva como uno de los principales objetivos que da sentido, orientación y proyección a la propia vida, a la historia de vida que se desarrolla en el marco de la modernidad. Esta búsqueda de una visión optimista nos acerca al tema de la identidad y más precisamente a la pregunta: ¿Quién soy yo realmente? Una exigencia que se torna difícil y problemática, una exigencia que no está de moda, pues parece ser que las preocupaciones de las

personas no se encaminan en el descubrir de dónde viene uno y hacia dónde quiero ir yo. Los distractores de la modernidad apuntan justamente a dejar de lado las preguntas profundas y ponen en primer lugar la búsqueda del exitismo. Un valor que de ser uno como cualquier otro, pasó a convertirse en la medida de todas las cosas y de todas las relaciones.

Insistir en la búsqueda de respuestas para las preguntas planteadas, implica necesariamente establecer la diferencia y asignar valor a una sucesión de cosas, situaciones y hechos que se nos presenta o se nos ponen más o menos importantes que otras. Esta priorización de valores, lleva a qué es lo realmente importante en mi vida, pero para ello, estamos claros, no es posible abstraerse de lo que son nuestros entornos y de lo que está a mi alrededor. Es ese entorno el que limita la búsqueda de una concepción positiva de la vida en el contexto de la modernidad, pues, como ya lo hemos dicho, está en juego también la legitimidad del otro tipo de discurso, aquel que se eleva negativamente y apunta hacia la búsqueda de el individualismo, el exitismo y a la pérdida de la capacidad de crítica.

Estamos en el juego, por un lado, de asentar el ideal de la autenticidad que trata de ganar espacio en un tiempo y en una época en que "se acumulan vivencias, pero que no vive experiencias. Vivimos una sociedad que impone un tipo de tiempo, que destruye un tipo de memoria, y que sugiere continuamente la amnesia y el olvido, porque cada uno de los «presentes» va eliminando el anterior"¹³.

Es la sobrevaloración de un deber ser que se juega por sobre de un ser, por sobre de un quién soy y qué quiero realmente para mi vida; "tú debes de ser de tal manera porque así lo exigen los tiempos, el grupo social, la autoridad, las costumbres. El reino del deber ser desamparado de todo anhelo de ser, de toda utopía, es la peor de las represiones, el peor de los sin-sentidos que puede autoinferirse el hombre"¹⁴.

En definitiva, es la experiencia de intentar salir de un campo de contradicciones que aún se encuentra en proceso de legitimar uno u otro discurso, de salvar el itinerario de la homogeneización, de la estandarización de patrones de consumo, de la despersonalización de las formas de comunicación, de regímenes de educación que valoran el orden y la disciplina sobre el saber, de la cultura de la domesticación, de la uniformización de los individuos. Es el intento de evitar negar al sujeto y de no dar paso a que seamos producidos en serie, en función de un modelo ideal que impone la sociedad para todos, y sobre el cual yo no tengo nada que decir.

Cómo poder realizar esta experiencia sin que mi alrededor no me consuma o me convierta en alrededor, es la nueva pregunta. Varios intentos giran en torno a ella. En primer lugar, están los que plantean el nacimiento de una nueva ética, los que plantean la necesidad de buscar un nuevo lenguaje en la cotidianeidad de la vida¹⁵, también los que indican la necesidad de superar el modelo de racionalidad centrado en el sujeto por una racionalidad del entendimiento¹⁶, que propone solucionar la tendencia de occidente a establecer una racionalidad instrumental por medio de la elaboración de una crítica que surja de la razón comunicativa. O, aquellos que sugieren leer la modernización como sociedad de la comunicación, en donde es posible construir o inventar una identidad al son de muchas voces, es la propuesta de la «conversación identitaria»¹⁷.

Pero hace mucho tiempo también Italo Calvino, proponía dos formas de vivir o sufrir —como decía él— el infierno de la modernidad. La primera se resumía en "aceptar el infierno y volverse parte de él hasta el punto de no verlo más". Es la forma fácil de encontrar y justificar los frutos de la modernidad, aunque eso signifique exacerbar las desigualdades, violar los derechos del otro, adorar al mercado por sobre cualquier cosa, aceptar que esta modernidad selecciona a sus víctimas y también a sus triunfadores.

La segunda forma de vivir esta modernidad, sugiere Calvino, es "peligrosa y exige atención y aprendizajes continuos: buscar y saber reconocer quién y qué, en medio del infierno, no es infierno, y hacerlo durar y darle espacio. Consiste en cultivar ciertas formas de vida que, aceptando las estructuras básicas de la modernidad, construyen a partir de ellas un sentido de comunidad, modalidades de autorregulación de las libertades y maneras de convivencia que hagan posible la equidad, la afirmación de los valores compartidos, los lazos de solidaridad, la protección de los débiles..."¹⁸.

Estas son algunas propuestas que se elaboran o re-elaboran en función de buscar sentidos positivos a la modernidad que hoy nos tiene en crisis. Sin duda, estas alternativas se sostienen en marcos de pesada teoría, en redes de propuesta, pero por sobre todo es necesario insistir en que ellas se sostengan y se fundamenten a partir del sentido que le damos a nuestra propia vida. Las opciones son variadas, pero es necesario estar alerta a no llegar al final de nuestro propio tiempo a encontrarnos con una identidad que nunca fue cuestionada.

¡Qué más para un flaco sin cartón!

...Mi opinión es plenamente contraria a la que dice la sociedad, yo creo que los jóvenes de hoy estamos en la mejor etapa que podemos cruzar, yo veo que los jóvenes estamos sintiendo muchas cosas y estamos dejando de lado los peores tiempos de nuestra historia...

¿Qué ocurre en este contexto con las generaciones jóvenes de los años '90? ¿Cuál es el sujeto juvenil que se perfila para estos tiempos, si ya no es posible identificarlos con las categorías que en distintas décadas daban cuenta de una especificidad o rasgo común que los hacía estar presentes en el contexto social y político, como sujetos de acción?

Son odiosas las comparaciones, pero en esta época ha habido una necesidad de mirar hacia atrás para intentar buscar un camino que permita acercarnos a los jóvenes de hoy. Sin querer, pensamos en los jóvenes del glorioso año '68, en los del '70, en los jóvenes de los '80 que arriesgaban su vida organizando protestas en favor de la defensa de los derechos humanos, y casi a poco entrar en los años '90, nos encontramos con estos actuales jóvenes en donde la mejor manera de definirlos en el actual contexto, se traducía en un «no estar ni ahí». Una forma de manifestar desinterés, rechazo y, tal vez, una suerte de desesperanza frente a tareas que, en otros tiempos, realmente apasionaron a miles de jóvenes. Por ejemplo: la política. ¿Tan distantes estamos de los jóvenes, que no sabemos encontrar en ellos sus verdaderos intereses u opciones de vida?

...Todas las cosas que se hablan sobre los jóvenes son habladas por viejos con el típico argumento de que ellos también fueron jóvenes. Nos meten el dedo en la boca con cualquier huevada, nos dejan tranquilos con dulces. Eso de la participación juvenil, puro grupo, puro, puro grupo...

Desde el discurso que emana desde la esfera institucionalizada, la visión que se teje sobre los jóvenes es negativa, los calificativos se sumergen en torno a un sujeto juvenil que supuestamente no logra salir de su encierro y apatía. Se dice que estas nuevas generaciones están desorientadas, que no quieren participar, que adolecen de crisis de futuro, que no quieren esforzarse por mejorar sus actuales condiciones de vida. Y es sobre ello que se sustenta la propuesta de generar un cambio, un cambio de actitud, de percepciones, de intereses, se propone poner atención a este sujeto actual y presente y generar las vías, los mecanismos para que esta propuesta se llene de contenido. Desde este punto de vista, la política social destinada a los jóvenes se esfuerza por invertir en confianza, pero también por mantener el control, por generar espacios de sociabilidad y por ofrecer un abanico de oportunidades sociales que permita atender la satisfacción de las necesidades mínimas de los jóvenes, pero no necesariamente en concordancia con

las propias aspiraciones de los jóvenes. Es este el discurso y el diagnóstico que surge desde «arriba», casi siempre distante de los jóvenes.

¿Quién dijo que los jóvenes «sólo queremos una oportunidad»? Sin duda, que debe incorporarse la pregunta por los modos de integración social, pero debemos tener presente la heterogeneidad y los altos niveles de exclusión social que viven sociedades como las nuestras, en especial la que viven los jóvenes. Esos que se han socializado en medios urbanos y se han acercado a los modos modernos de vivir, en la que es posible encontrar un agitado mundo de posibilidades.

Sin embargo, la pregunta al paso de un corto tiempo de haber implementado estas iniciativas, sigue rondando. ¿Se puede afirmar que estos jóvenes, hombres y mujeres, están vacíos de subjetividad? ¿Que no les nace la pasión por levantar una comunidad de trabajo o de contribuir solidariamente para que todos seamos ganadores y no sólo unos pocos?

Los jóvenes de hoy, ya no se socializan como lo hacían antes, más bien lo que parece haber es una subjetividad que se construye a distancia de los que conceptualiza el sistema social. Por ello, parece tener sentido, el que nos encontremos, recurrentemente, con contradicciones entre lo que es el discurso institucionalizado que propone para los jóvenes de hoy, una particular manera de comportarse, de sentir y de vivir; y lo que es la práctica que los jóvenes desarrollan en su diario vivir, una práctica que no siempre se corresponde con lo que la sociedad espera que ocurra en los diferentes actores sociales que forman parte del sistema social. Vivimos un cambio de época en donde no es posible desconocer que los procesos de socialización se encuentran fuertemente ensamblados al fortalecimiento de ciertas instituciones sociales como el consumo, el mercado y modelos de vida enmarcados en el exitismo, en tensión con la creación o surgimiento de nuevos valores de vida. Los jóvenes saben que ser ganadores en las condiciones que ofrece el nuevo sistema, tienen su precio. Lo gratuito, lo que no se transa en el mercado, desde este punto de vista, puede, seguramente, pasar a un segundo plano.

El desafío parece estar centrado en saber distinguir entre una modernidad que surge desde «arriba» y que quiere expresarse al estilo de las sociedades europeas industrializadas, y una modernidad que surge desde «abajo», en aquellos cotidianos jóvenes que intentan desarrollar un estilo de vida propio, con valores, principios y normas, muchas veces en contradicción con lo que el sistema oferta, propone o impone.

Se puede hablar a los jóvenes, presentarles proyectos, ideas, y está bien, pero si no se les comprende e interpreta bien, no se les motivará.

...Los que alegan que no estamos ni ahí, es porque no participamos en su mundo, porque no vamos a la iglesia, a los partidos políticos, en una participación dentro del liceo, pero si estamos por crear, escribir, dibujar cómics, en pololear, es un síntoma muy importante. Ahora el joven quiere tener una responsabilidad en su sexualidad, usar condones, las cabras se toman sus pastillas. Tenemos todo un concepto de querer pasarlo bien responsablemente. Estamos pasando un buen momento, estamos sintiendo más que nunca, estamos siendo libre...

Ser joven no es algo fácil, tal vez nunca lo ha sido, pero en este marco de experiencia queremos resaltar la idea de tiempo presente que les toca vivir a los jóvenes. Son tiempos acelerados, que no dan lugar a los tiempos de espera o de transición. Pues, es en un tiempo presente en donde se halla lo dinámico, lo activo, lo móvil, lo innovador, lo creativo, lo transformador. Es en ese tiempo en donde la tolerancia al cambio y el respeto a la diferencia tienen su espacio en las dimensiones políticas, religiosas, culturales y de género. Es en este tiempo en donde somos capaces de emprender aquellas pequeñas empresas que le dan sentido a nuestra vida, es en este tiempo en donde se es capaz de transgredir normas y valores y alzar la voz para decir un sí o un no. Vivir el presente, es pues, vivir un tiempo abierto a la presencia de otro u otros, estar abiertos a un nosotros social.

...Hay muchas personas que piensan que lo importante en esta perra vida es el éxito económico, y no. Va primero el éxito personal, el sentirse bien con uno mismo, cachái, y eso nos aporta ésto a nosotros, estamos haciendo lo que nosotros queremos, no lo que quiere tu papito que hagas, lo que esperan tus vecinos, tus amigos que hagas, sino lo que a nosotros nos gusta hacer, y eso es invaluable, y eso nos aporta caleta, nos hace sentir mejor personas, aprender a sentirnos mejor persona, a pensar como grupo...

En cierto sentido, con lo señalado anteriormente, nos hemos encontrado con la cultura que hoy los jóvenes intentan construir y desarrollar, en tiempos que son de crisis y de preguntas. Ello porque, al decir de Fernando Mires, cultura es "todo lo que tiene que ver con las relaciones humanas (arte, religión, ciencia, política, etc)"¹⁹. Y los jóvenes, desde distintos ámbitos, buscan lo propio, lo que les convence, lo que surge a partir de lo que hacen, de lo que conversan, pues allí se está jugando, entre la diversidad y la recreación de la novedad, la posibilidad de encontrar, a veces, elementos comunes que nos permita hablar de una identidad común.

Las relaciones sociales para los jóvenes son importantes, los párrafos que hemos usado en este artículo pertenecen a jóvenes, cuyos sentidos de vida son

simples: pasarlo bien, hacer lo que uno quiere, buscar a otros, disfrutar de lo simple.

...Mi filosofía de vida es vivir no más... en la simpleza está lo bello. Además, ¿quién tiene ahora una filosofía? Se cayeron los muros viejos. La ciudad está muerta. Ahí la gente se pelea por la plata y por ascender, pero eso no tiene ninguna filosofía, y tampoco es bello...

...Hoy en día los cabros queremos pasarlo bien. Es un síntoma que atraviesa a los jóvenes. En ese sentido, creo que el joven fuma marihuana, toma vino, cerveza, pero por pasarlo bien, no en un sentido de perdición...

Los jóvenes buscan ser reconocidos en los espacios que supuestamente abre la democracia para todos sus ciudadanos. Buscan que se les respeten sus formas de hablar, vestir, comportarse, sus opciones políticas, de credo y de sexo. Pues, vivir en democracia para ellos significa, no solamente poder acceder a un mayor grado de cultura (la que no es cuantificable), sino ser reconocidos como tales dentro del espectro de posibilidades que se abren en el nuevo contexto. La cultura, en este sentido, no puede definirse como una e invariable. La cultura, en períodos de democracia significa búsqueda, cambios, aceptación y también equilibrio.

...A mí me gustaría ser reconocido, tocar, hacer una audición de teatro a puros dramaturgos y actores profesionales, y que reconozcan que sí, que estos cabros, que son buenos, que se la pueden, que hay que ponerles atención, que hay que escucharlos, que hay que verlos, eso para mí sería bacán... Me gustaría vivir de ésto, que más para un flaco sin cartón... Lástima, pero la cultura se vende...

...Haciendo cultura entregas lo que tú sientes, lo que estás haciendo, o sea, eso para mí me resulta fácil, es como ser tú mismo...

Eso es exactamente: poder ser uno mismo, y no el modelo que de arriba se impone. De ahí, la necesaria reflexión que debe girar sobre lo que muchas veces pensamos, pero no decimos. Todos sabemos que en la base de un cambio político y económico hay siempre un cambio cultural, que conlleva —lo queramos o no— cambios de valores. Los valores no pueden ser tomados como entidades eternas, definidas de una vez y para siempre, son realidades sujetas a la evolución y al cambio. Y se constituyen como tales, cuando son aceptados mayoritariamente por toda la sociedad, incluidos los jóvenes.

Si no pensáramos que ello ocurre constantemente, estaríamos necesariamente condenados a asumir la visión negativa que está presente en el juego de la modernidad y que dictamina la necesaria adaptación a las nuevas circunstancias. Nos quedaríamos sólo con la experiencia del placer que nos

provoca el haber podido acceder al consumo cultural que se muestra a través de los llamados «templos del consumo»: expresión sólo de lo material. Sin duda, ésto también constituye una forma de integración, de la nueva forma de sentirse integrados, pero también hay anhelos de las viejas formas de integración: la búsqueda de un empleo estable, mejor educación, más participación política, que el Estado provea de más servicios sociales para los más pobres. Ello, porque la nueva forma de integración que promete la modernización actual —como ya lo decíamos— es sólo simbólica. "Sin movilidad social o perspectivas de acceder a niveles aceptables de bienestar, la misma democracia desmotiva a los pobres. Lo privado deviene privación"²⁰.

...Yo creo que el joven se comporta de la manera como lo trata la sociedad...

De este modo, es posible ver que en los jóvenes de hoy existen a lo menos dos formas de enfrentar la supervivencia diaria, no sólo la material sino también la cultural. Por una lado, la que da cuenta de un mundo juvenil que efectivamente está sufriendo una serie de carencias, y que producto de ello se sumerge en la búsqueda de comportamientos anómicos. Por otro lado, están los que intentan sobrevivir buscando sentidos a las experiencias que pueden producir y crear en el barrio, a través del arte, de lo social, de lo recreativo. Eso no significa, superar las carencias físicas. Significa intentar salirle al paso a un itinerario donde la rutina sea capaz de pegar más fuerte y ganar para sumar más anomia. Sin duda, puede haber un tercera forma, y que ampara a aquellos que pueden denominarse triunfadores dentro de la cultura del exitismo, y que han pasado a ser parte del infierno de la modernidad. Son aquellos, que consideran, que lo gratuito, lo que no se transa en el mercado ha quedado, definitivamente, en segundo lugar o en el olvido.

En este marco, está por verse el tipo de sujeto que puede llegar a constituir una categoría que logre identificar a los jóvenes universalmente, como ocurrió en otros tiempos.

Pero estamos seguros de que si los jóvenes aún siguen en la idea de constituirse en grupos, de realizar acciones colectivas, es porque existe la necesidad de involucrar a otros. Mientras este sentido social siga presente en los jóvenes, existirá la posibilidad de que la identidad que estoy construyendo pueda ser cuestionada por mí y por otros, y también a la inversa.

No interpretar o no comprender a los jóvenes en esta dimensión nos lleva a tomar caminos equivocados. Pues, estamos claros de que los jóvenes de hoy

no pueden ser definidos en el marco total y absoluto de un «no estoy ni ahí», reduciendo la experiencia de vida que desarrollan, en un concepto que no siempre tiene el significado que pensamos y analizamos con acucioso estudio.

...Cuando uno dice no estoy ni ahí con eso, es con eso. Yo creo que la cosa de los cabros está como muy manoseada...

Quizás, es demasiado el análisis que sobre los jóvenes desarrollamos, en tanto temática importantes, y eso está bien, pero poca la capacidad de encontrarnos con aquellas experiencias simples y sencillas que dan fuerza a la vida juvenil o con los problemas que realmente aquejan a los jóvenes, y que generan rabia, impotencia y desencanto frente a una sociedad que más bien castiga.

...Lo que más nos aqueja a nosotros, cachai, dicen que somos personas, el futuro de Chile o que somos la misma mierda, la cagá, y nadie se preocupa por cambiar la cosa. Nadie nos pregunta a nosotros. Por ejemplo, somos los seres más perseguidos de aquí de Chile por la policía. Yo aquí soy carne de cañón, los pacos me conocen, donde me ven me llevan, esté curao o no, esté contigo, de corbata o no, me llevan. Me han llevado por mi corte mohicano, y eso que ahora ando normal: córtate el pelo huevón, que no te dejés el pelo largo, que no te pelís, que por qué sois mohicano, donde te pille te voy a llevar. Pa'más remate te roban, te golpean, te humillan, te ofenden. Y ellos, huevón que aquí, huevón que allá, y vos tenís que decirle: sí señor, no señor, y eso ya es una tortura. ¿Por qué tenís que aguantar huevadas?...²¹.

Superar visiones maximalistas o absolutas que bordean los tonos blancos o negros, nos ayudará a acortar la distancia que existe entre los jóvenes y los adultos, entre de los educandos y los educadores, entre los políticos y la sociedad civil, entre las iniciativas gubernamentales y las que surgen por propia motivación, casi no consideradas y desarrolladas en el anonimato por distintos jóvenes que creen que es posible pasar por esta «perra vida», dejando algo.

...Al final nosotros somos nada más que un peldaño en esta vida y como peldaño, tenemos que dejar una base bien sólida para que el que viene, pise bien fuerte y no se vaya a caer...

Si existe rechazo, desinterés o desmotivación de parte de los jóvenes por ciertas iniciativas que surgen desde la institucionalidad, es porque los conceptos que se traslucen de la política social: integración social, participación, superación de la pobreza, democracia, aún no se llenan de contenidos, no para los planificadores, sino para los propios jóvenes. El discurso parece caminar en sentido inverso a la vivencia de los jóvenes. Y no son, necesariamente, los jóvenes los que deben girar y tomar una nueva senda o enmendar el camino. Si no insistimos en ello, seguiremos preguntándonos: ¿Dónde están los jóvenes?

Los jóvenes por mucha energía que les caracterice, también se cansan. No esperemos que al final del tiempo terminemos quejándonos, nuevamente, por la actitud que asumen, esperando, tal vez, mantenerlos en la rutina de la vida gracias a los imprevistos evitados. "...En una identidad no cuestionada que también nos mantiene «en la línea» de fines sumergidos, no separables ya de la visión de la ruta, indiscernibles en último término, del trayecto mismo. En tal visión, el futuro no aparece ni como favorable ni como amenazante: parásito de un desértico hoy, llega continua, mansamente, como norma y normalidad. Y así también, el pasado: como lo que soy, pasando la vida irremediabilmente..."²².

VIÑA DEL MAR, noviembre de 1993

NOTAS

- 1 Ver antecedentes estadísticos en: *Primer informe sobre la juventud de América Latina*, Conferencia Iberoamericana de Juventud, Editores Ernesto Rodríguez y Bernardo Dabezies, Quito, Ecuador, 1990.
- 2 Aylwin, Patricio: "Hay razones para una legítima satisfacción", cuarto mensaje presidencial, *La Nación*, Santiago de Chile, 22 de mayo de 1993, p.8.
- 3 Ejemplo de ello está reflejado en el Programa de Oportunidades Juveniles (PROJOVEN) con las siguientes iniciativas: programas de capacitación laboral juvenil, fondo de iniciativas culturales, centros de desarrollo juvenil, programas de mejoramiento de la enseñanza, implementación de casas de la juventud, programas de prevención en drogas, alcohol, sexualidad, sólo por nombrar algunas.
- 4 Teitelboim, Berta: *Dimensiones y características de la pobreza*. Casen 1993, Ministerio de Planificación y Cooperación, Santiago de Chile, 1993, p.375.
- 5 Alywin, Patricio. Op.cit. p.11.
- 6 Grupo de Trabajo Interministerial Coordinador de Políticas de Juventud: *El Programa de Oportunidades: PROJOVEN*. República de Chile, Ministerio de Planificación y Cooperación, Instituto Nacional de la Juventud, Santiago de Chile, Marzo de 1993, p.7.
- 7 Baudrillard, Jean: "Definición del concepto de modernidad". En: Tiyoux, María Emilia, *Por aquí algo está cambiando: El retorno del sujeto juvenil*. Tesis de Grado Maestría en Ciencias Sociales Universidad Arcis, Santiago, 1993.
- 8 Hopenhayn, Martín: "Desencatados y triunfadores camino al siglo XXI: Una prospectiva de atmósferas culturales en América Latina". En: *Cuarto seminario-taller proyecto Chile: Modernidad y valores culturales*, Santiago de Chile, 1993, p.5.
- 9 Hopenhayn, Martín. Op.cit., p.8.

- 10 Parker, Cristián: *Otra lógica en América Latina: religión popular y modernización capitalista*, Fondo de Cultura Económica, Santiago, 1993.
 - 11 Parker, Cristián. Op. cit.
 - 12 Taylor, Charles: "Una visión optimista de la modernidad", *El Mercurio*, cuerpo D, Santiago, septiembre de 1993, p.26.
 - 13 Argulleol, Rafael: "No hay libertad sin Eros", *Página Abierta*, N°89, Santiago, p.9.
 - 14 Giannini, Humberto: "Entre el ser y el deber ser", *La Nación*, 2° cuerpo, Santiago, agosto de 1993, p.10.
 - 15 Nos referimos a los aportes del texto *¿Superando la razón instrumental?: educación y derechos humanos*, Abrahm Magendzo, editor, PIIE, Santiago.
 - 16 Nos referimos a los aportes de la teoría de la acción comunicativa de Jürgen Habermas.
 - 17 Es la propuesta de Germán Bravo en su escrito "Identidad Latinoamericana y Modernización: Conversaciones en curso", presentado en el cuarto seminario-taller proyecto Chile: Modernidad y valores culturales.
 - 18 En José Joaquín Brunner: "Estamos en una etapa angustiosa de la modernidad", *La Nación*, 2° cuerpo, Santiago, agosto de 1993, p.11.
 - 19 Mires, Fernando: "Cultura y democracia", *Nueva Sociedad* N°73, Caracas, Venezuela, julio-agosto de 1984, p.54.
 - 20 Hopenhayn, Martín. Op.cit. p.8.
 - 21 El año 1992 fueron detenidos por sospecha 200 mil jóvenes en el país. Aproximadamente 548 jóvenes por día en todo el país.
 - 22 Gianini, Humberto: *La reflexión cotidiana: hacia una arqueología de la experiencia*, Editorial Universitaria, 2ª edición, Santiago, 1989, p.36.
-